

Alfonso Bulnes

Danzas orientales

(Visión de Sai Shoki)



EL Oriente vino la danzarina, de las tierras donde la vida hierve para alcanzar por rápido agotamiento la quietud, donde en las cosas inertes acecha un inminente despertar.

Aprendió de las llamas consumidoras la agilidad esquiya, y la dócil sumisión del leño en la hora de las llamas ávidas.

Aprendió que llama y reptil de Oriente trazan en el aire la misma caligrafía, cuando rompe el reptil su paciente mimetismo vegetal y otea los contornos con silbante amenaza.

Pero también le dieron su apariencia hierática las viejas porcelanas, aquellas que cogieron la fuga de un movimiento vital deteniéndolo en un sabio reposo.

Las flores lujuriosas y efímeras del Oriente cayeron sobre su cuerpo en telas de amplios pliegues, y colas de pavos reales pusieron en sus velos los caprichos del prisma.

¿Qué queda de sus giros? Lo que queda de las materias cuando la llama las devora: la melodía escrita sobre el escenario en invisible pentagrama; la frase con que los cuerpos transitorios repiten milenarios instintos, milenarias pasiones, milenarias creencias, que prosiguen su curso al través de las formas aniquiladas.

Nos daba movimiento y silencio; movimiento accidental, para crear la eterna realidad que es el silencio; sensaciones que eran vehículos de ideas, las solas permanencias.

Transpuso ya nuestro horizonte visual la danzarina, y aun se escuchan los sonos misteriosos de su flauta de jade.